

LA DERROTA

¿Quién perdió la guerra en Afganistán? Comienza el juego de acusaciones

INTERNACIONAL

04_10_2021



**Gianandrea
Gaiani**



La derrota sufrida en Afganistán aún no ha sido metabolizada por Estados Unidos y la OTAN, pero del otro lado del océano comenzó el juego de acusaciones. Un juego que tiene a los líderes militares como protagonistas, auditados por las comisiones del

Congreso, pero que en realidad es político con los demócratas empeñados en descargar toda la responsabilidad sobre los acuerdos de Doha firmados por Donald Trump con los talibanes y los republicanos comprometidos en relanzar las acusaciones contra el presidente Biden, quien descuidó la situación real en los campos de batalla afganos con el objetivo de debilitar una administración que ya es opaca en muchos sentidos.

El Jefe de Estado Mayor Conjunto Mark Milley, la máxima autoridad militar de Estados Unidos, reconoció ante el Comité de Defensa de la Cámara de Representantes que Estados Unidos “perdió” la guerra de 20 años en Afganistán. “Está claro para todos nosotros que la guerra en Afganistán no terminó como queríamos, con los talibanes en el poder en Kabul”. Este “fracaso estratégico” fue “la consecuencia de decisiones estratégicas que se remontan al pasado”: las oportunidades fallidas de capturar o matar a Osama bin Laden poco después de la intervención en Afganistán en 2001, la invasión de Irak en 2003 que agotó numerosas tropas, la incapacidad de Washington para evitar que Pakistán se convirtiera en un “santuario” para los talibanes y, en fin, la retirada de los asesores militares de los batallones afganos.

En cuanto a la gestión de la última fase del conflicto afgano, la web estadounidense *Axios* anunció que, durante la audiencia a puerta cerrada, el general Milley habría acusado explícitamente al Departamento de Estado por el fracaso de la evacuación de Afganistán, afirmando que funcionarios del ministerio “esperaron demasiado” para solicitar la recogida en el aeropuerto de Kabul. Milley admitió que “nuestra credibilidad se vio dañada por la retirada de Afganistán” y luego agregó que el cuerpo de inteligencia había predicho el colapso de las fuerzas de seguridad afganas después de la retirada de Estados Unidos, pero sin predecir que sería tan rápido, al punto de verificarse la retirada de las fuerzas aliadas.

Para el general Frank McKenzie, jefe del Comando Central de Estados Unidos, responsable del teatro operativo afgano, el colapso del gobierno y las fuerzas militares en Kabul que llevó al triunfo de los talibanes dependió del acuerdo del 29 de febrero de 2020 concluido por la administración Trump con los milicianos; que comprometía al gobierno estadounidense al retiro completo de las tropas para el 21 de mayo de 2021 a cambio del fin de los ataques contra el contingente internacional. En una audiencia ante la Comisión de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes, McKenzie dejó en claro que una vez que el número de tropas estadounidenses cayó por debajo de las 2.500, como pretendía Joe Biden en abril para completar la retirada en septiembre, el desmoronamiento de las autoridades de Kabul se aceleró. “La firma de los acuerdos de Doha tuvo un efecto muy negativo en el gobierno y el ejército afganos, especialmente

psicológico, pero fijamos una fecha más allá de la cual sabían que ya no recibirían asistencia”, declaró.

Entre las causas de la derrota, el secretario de Defensa, Lloyd Austin, citó la renuncia a los ataques aéreos, que “permitieron que los talibanes se fortalecieran, intensificando los ataques al ejército de Kabul” y provocando grandes pérdidas. En realidad, la administración Trump no había detenido los ataques aéreos, sino que, por el contrario, los había fortalecido ante los repetidos ataques perpetrados contra las fuerzas gubernamentales en Kabul por los talibanes, violando así los acuerdos firmados en Qatar. Según ese tratado, de hecho, la retirada de las tropas estadounidenses debería haber correspondido al compromiso de los talibanes de no albergar grupos terroristas como al-Qaeda en territorio afgano, cesar las actividades bélicas y negociar con el gobierno del presidente Ashraf Ghani para ofrecer un futuro pacífico para la nación. Compromisos que los talibanes no cumplieron, alentados también por la iniciativa de Trump, en vísperas de las elecciones presidenciales de enero, cuando redujo su presencia en Afganistán (y también en Irak) a solo 2.500 soldados con el objetivo “electoral” de regresar a casa el mayor número de soldados posibles.

Los talibanes recibieron un aliento adicional por la firmeza con la que Biden, una vez que tomó el poder en la Casa Blanca, insistió en confirmar la retirada completa de las tropas estadounidenses y aliadas antes del 11 de septiembre de este año, a pesar de que los talibanes habían acentuado los ataques contra las fuerzas de Kabul: fecha límite que luego se adelantó hasta finales de agosto tras la rápida victoria de los talibanes. No por casualidad, los generales Milley y McKenzie afirmaron en las audiencias que habían recomendado que la Casa Blanca mantuviera al menos entre 2.500 y 3.500 soldados en Afganistán para apoyar al gobierno y las fuerzas en Kabul, advirtiendo que una retirada completa e incondicional provocaría su colapso. Una advertencia que llegó a la Administración Biden desde de los vértices militares, también admitida por Austin y que está destinada a tener un fuerte impacto político ya que Biden siempre ha negado que los jefes de defensa hubieran sugerido mantener contingentes militares en Kabul.

Milley llegó a afirmar que incluso el punto principal de los acuerdos de Doha, es decir, el compromiso de los talibanes de no dar la bienvenida a las milicias qaedistas en territorio afgano, fue de hecho desatendido ya que “los talibanes eran y siguen siendo una organización terrorista y aún no han roto vínculos con al-Qaeda”. El general estimó que existe la posibilidad de que al-Qaeda se reconstituya en Afganistán en un período comprendido entre 6 y 36 meses. La responsabilidad política de la derrota sufrida en Afganistán es, por tanto, principalmente atribuible a Biden, que de hecho ha ignorado

los acontecimientos sobre el terreno, al igual que Trump alcanzó un acuerdo con los talibanes sin interrumpir la retirada de las tropas ante el incumplimiento de los acuerdos de parte de los milicianos islamistas.

En términos estratégicos, la responsabilidad también debería ser atribuida a Barack Obama que inició negociaciones con los talibanes, pero que mucho antes, en 2010, cuando los talibanes cedieron y sufrieron terribles pérdidas tras las fuertes ofensivas aliadas, anunció que a partir del año siguiente comenzaría la retirada de las tropas. Un mensaje que indicaba claramente la voluntad estadounidense de desvincularse del conflicto y que animó a los talibanes a resistir, reorganizarse y esperar la drástica reducción de las fuerzas aliadas en el terreno para retomar la ofensiva.